

Capítulo I
LA SAGA FERNÁNDEZ DE LUGO Y DE PONTEPADARTE
SE CAGA LA PERRA

Sonaba la hora tertia de una luminosa mañana de Agosto de 1961, doña Dolores de Pontepadarte y Sierralamuí se sintió indispueta. Creyendo en principio que pudiera tratarse de un proceso diarreico, dado los retortijones de tripas que sentía en el bajo vientre, ordenó a una de sus sirvientas que le preparara una tisana más, no bien había acabado de dar tales instrucciones cuando notó la inconfundible sensación para una madre no primeriza de la inminente rotura de aguas. Fue trasladada de inmediato desde su blasonado domicilio de la calle de San Agustín de “San Cristóbal” de La Laguna a la clínica del doctor Mengelay, conocido ginecólogo, donde sobre las dos de la tarde alumbraba una criatura de relativos rasgos mongólicos e impresionantes soplillos. Preguntada la, hasta entonces, feliz madre sobre el paradero del padre del engendro, ésta no supo que contestar, prorrumpiendo en lastimeros sollozos. En ese momento don Alonso Fernández de Lugo y

Grande Maskada, roncaba cual cochino asilvestrado en camastrón de un conocido burdel de la capital flanqueado por dos felatrices de postín entre sabanas pegajosas y cascos de scotch gran reserva. De hecho, éste mublé hacía las veces de segundo domicilio del putero, dado que la mayoría de las noches pernoctaba si no en él, en otros de similares características. Total, que no fue hasta el lunes siguiente per la matina que al progenitor de vida alegre le dio por allegarse a su domicilio oficial con unas ojeras que le rebasaban el cogote, aliento fétido y traje arrugado para encontrarse con la buena nueva de que era padre por cuarta vez. En efecto, el neonato ya contaba con tres hermanos: José Antonio, Onésimo y Pilar, nombretes escogidos entre lo más rancio del "santoral" fascista hispano. A don Alonso no se le conocía oficio alguno y en realidad bienvivía de administrar las tierras heredadas de sus ancestros, situadas éstas en su mayoría, en la denominada "isla baja". Allí explotaba sin conmiseración a los pobres labriegos –"los magomierdas" como él los llamaba–, cobrándoles las rentas en vil metal, productos agrícolas o en su defecto, en carne de doncella al más puro estilo de los "grandes de España". Sus periódicos problemas de liquidez motivados por deudas de juego y desenfreno, los resolvía vendiendo parte de sus fincas norteñas parcelita a parcelita a los campesinos, sus legítimos dueños.

El porqué se le impuso al recién nacido un nombre de pila tan ridículo como el de Froilán de Todos los Santos nadie lo sabe, aunque algunos lo achacan a la tremenda resaca que arrastraba el autor de sus días en el momento de proceder a inscribirlo en el registro civil de la ciudad "de los adelantados".

La niñez del infante puede decirse que fue feliz además de privilegiada y siempre conservó gratos recuerdos de sus correrías por las adoquinadas calles del casco viejo de Agüere; si bien es de justicia poner en el fiel de su balanza vital los bruscos despertares nocturnos debidos a los alaridos de su madre por las palizas que le propinaba con una frecuencia matemática su distinguido cónyuge.

Froilán cursó sus primeros estudios, como no podía ser menos, en el colegio de los Hermanos Agustinos donde fue diana de continuas burlas por parte de sus compañeros de aula a cuenta de lo prominente de sus orejas que según los más procaces se debía a que los curas, para encurarlo, le sujetaban por ellas, extremo éste que él zagal negaba categóricamente. Aquello dejó en él un pozo de perenne resentimiento y un esfínter resentido.

También estaban las visitas y consiguiente bizcochadas de orejas que le aflojaba a él y a sus hermanos, su abuelo paterno don Pelayo Fernández de Lugo y del Hoyo Palrojo, en la que los tostaba con sus batallitas de la guerra civil, en la que por cierto nunca participó, optando por la opción más cómoda de formar parte de las sinietras e infames Brigadas del Amanecer isleñas en donde el, en aquel tiempo joven "aristócrata", se labró una reputación macabra.

–Yo sí que maté rojos

–Que sí abuelo...

–Chiquita limpia hicimos en esta Laguna

–Que sí abuelo...

–Y entonces yo saqué la Lüger y me enfrenté a las turbas y vuestro abuelo evitó que ardiera el santuario del Cristo...

–¡Putra mierda arrugada!

–¿Qué has dicho José Antonio?

–Nada, abuelo que eras las pasada.

La anécdota que corría por los mentideros de la ciudad sobre el tema era la de que el citado fascista era visto, cuando llegaban noticias del frente con unas mierdas monumentales, y así cada vez que las hordas facciosas tomaban una ciudad o enclave importante, allí estaba don Pelayo, corraje y pistolón en mano gritando *¡Ya tomamos Bilbao...! ¡Ya tomamos Teruel...!* Mientras los lugareños comentaban con sorna que lo único que el pollaboba había tomado en su vida eran demasiadas copas de más.

En fin, que como ya digo todo no fueron días de alfombra roja y glamour en la vida del mocoso. Pero obviamente, dada su clase social, disfrutó de unos privilegios inimaginables para la mayoría de los niños del pueblo (estamos hablando de mediados de los años 60 donde todavía se podía observar en cualquier esquina los rescoldos de la miseria que la interminable dictadura del patiocorto ferrolano impuso a la inmensa mayoría de la población canaria). Así, disponía de sirvientas y criadas que amén de soportarle a él y a sus hermanos las malcriadeces, pataletas y berreos propios de su condición, le limpiaban sus cacas y porquerías, recibiendo éstas a cambio el desprecio y los insultos de unos cabronitos a los que ya desde su más tierna infancia se les iba inculcando en su ambiente familiar la absurda majadería de que su apellido y sangre les situaba por encima del resto de los mortales. Además estaba la cuestión de su poca agraciada naturaleza; y es que si había algo que realmente mostraba el parentesco entre los tres hermanos

varones era su manifiesta fealdad al lado de la cual, el histórico Picio podría pasar por un Adonis griego: caras abotargadas con rasgos mongoloides, cabezas dodicocéfalas y pabellones auditivos desmesurados, ojillos saltones cargados de malicia, frente estrecha, contrahechos, barrigudos y de escasa estatura eran el hazmerreír de las mozas del casco viejo.

Por el contrario su hermana Pilar mostraba suaves rasgos heredados sin duda de su madre, mujer que de joven causaba admiración por su belleza y nobleza de carácter. Por todo ello no era difícil deducir de qué rama familiar habían heredado sus groseros rasgos los mozos Fernández de Lugo.

También es de resaltar las diferencias de forma de ser y capacitación de los mismos; así mientras en José Antonio, el primogénito, se perfilaban en estado embrionario las malas mañas paternas mostrando una inusual destreza para las trampas, raterías y golpes bajos en los juegos infantiles, en Onésimo por el contrario, se adivinaba un niño apoquinado que mostraba signos de un cretinismo integral hasta el punto de que su padre sospechaba que el muchacho sufría de alguna minusvalía psíquica severa. Estos augurios se confirmarían plenamente en el futuro, cuando el imbécil solicitó su ingreso en la Pontificia, Real y Venerable Esclavitud del Cristo de La Laguna.

Froilan era evidentemente un caso intermedio pues aunque no tan "espabilado" como aquel, no caía en las desesperantes torpezas de éste.

También en este tema, su hermana Pilar era caso aparte; ya que mostraba un sano interés por las artes –especialmente la mú-

sica— y el saber en general, recibiendo por ello el desprecio más absoluto por parte de padre y abuelo. Éste comentaba que de seguir con tanto libro acabaría siendo una roja putilla y librepensadora y no una “señora digna de su apellido”, mientras su directo progenitor insistía en que eso de estudiar para las mujeres era una pérdida de tiempo y que lo que tenía que hacer era procurar nupcias con algún ricachón linajudo para seguir la tradición familiar y de paso unir fortunas, que la propia iba muy menguada.

Es de comentar que a tal fin, las “casas nobles” montaban periódicamente una especie de feria de ganado con sus propias núbiles cuando estas alcanzaban la edad de procrear o de “pasar la ITV” como decían entre risas sus próceres, en algún casino o antro semejante a las que llamaban de forma rimbombante “presentación en sociedad”. Todo a fin de fomentar la endogamia de dominación isleña.

Su abuela paterna, doña Zaquea Grande-Maskada y Botín de Guerra, era un cuero con disfraz de señorona, hija a su vez de un funcionariete venido a las islas en los albores de la centuria desde las polvorientas mesetas de la lejana España con ínfula grossa y bolsa flaca. Recaló en esta humilde tierra como regidor de segundas, por supuesto, a enseñar y civilizar a esos canarios de mierda... ¿serán negros?, y como refrendando el añejo poema autóctono que dice que: “llega un godo y otro godo/ a esta tierra hospitalaria/ vociferando de todo/ haya una plácido acomodo/ ¡...y arroja la solitaria!” desde el primer día de su arribada juró y perjuró que se largaría con viento fresco a su maravilloso secarral de origen a las primeras que ocasión tuviera, más lo cierto fue que una vez apo-

sentó las pelotillas de su culo en la cómoda poltrona colonial no hubo Dios quien lo arrancara de Tenerife ni con espátula yesera, donde por cierto, no le fue nada pero que nada mal...

Zaquea Grande-Maskada era la viva imagen de su padre: Una espabilada excrecencia del país de Rinconete y Cortadillo capaz de las dobleces mas ruines con tal de hacer escala en la pirámide social. Quizás por ello no mostró reparo alguno en perder honra y doncellez a manos de don Pelayo, quien le hizo los honores en furtivo escarceo tras un baile en el Casino santacrucero, dejándola en tal delicada situación de cinta y buena esperanza que los progenitores de ambos acordaron que un pomposo paso por el altar borraría oprobios de futuras bastardías. Corría el año de nuestra redención de 1930. Y así, meses más tarde, asomó sus prominentes napias al mundo don Alonso Fernández de Lugo y Grande-Maskada. La razón de su bautismal onomástica residía en el homenaje-recuerdo a su ancestro el sanguinario, traidor y negrero conquistador de La Palma y Tenerife de infausta memoria para todos los canarios.

Corrían tiempos revueltos durante la segunda República española y don Pelayo que veía en el pujante movimiento campesino de entonces, reivindicativo de tierra y libertad, una amenaza a sus espúreos intereses de terrateniente gandúl, no dudó en afiliarse a Acción Católica, donde junto con otros canallas de idéntico pelaje, participó en la urdimbre de la trama civil del golpe de 1936.

Doña Zaquea era asidua de bailes y cotillones durante la guerra y la postguerra civil española, en los que nunca dejaba de lucir llamativos trajes de noche así como colecciones de gemas,

colgantes y pedruscos siempre renovados, lo cual, dado lo aciago de los tiempos que corrían, constituía un hecho mas que chocante para cualquier iluso o ignorante de la cruda realidad de aquellas fechas. Pero todo tiene su explicación y el caso, por supuesto la tenía...

La fastuosa colección de joyas e impedimenta en realidad se debía a las purgativas actividades de su marido que en su ánimo de conseguir una España más grande no dudaba en agrandar su personal patrimonio mediante el sistema del "requerimiento y requisa patriótica". Este consistía en secuestrar a algún personaje de desahogada posición social pero que se hubiera distinguido por tener ideas liberales o simplemente desafectas al católico-fascismo más ultramontano. Tras las torturas de rigor se le asesinaba en algún fragoso lugar de la isla o se le fondeaba vivo para que disfrutara de nuestra rica fauna marina metido en un saco con un gato por compañía. Tras dicho trámite se procedía a mandar a casa del ultimado un requerimiento para que éste se presentase en el cuartel de Falange Española en un plazo determinado, apercibiéndole de que de no hacerlo, se le consideraría huido "de la justicia" y que por lo tanto serían requisados sus bienes familiares como garantía a fin de asegurar sus "responsabilidades civiles" por delito de "auxilio a la rebelión" o "actitud manifiestamente pasiva" ante el glorioso movimiento nacional.

Los cadáveres, haciendo gala de la innata cobardía roja, rara vez se presentaban a la citación, con lo que todos sus bienes pasaban a buenas manos. Menos mal que Franco nos salvó por que si ganan los rojos en el comunismo te lo quitan todo.

Por lo que respecta a la rama materna de la familia el cuadro tampoco era como para tirar voladores. El padre de doña Dolores, don Cebollino de Pontepadarte y Rodríguezaverga fue un lagunero de mierda, mujeriego y milico "de academia" que hizo las guerritas coloniales del Rif y que si bien en el escalafón de promoción no hizo una gran carrera, la que protagonizó en la desastrosa retirada desde Igueriben hasta Annual y de allí a Monte Arruit, el 21 de Julio de 1921, fue digna de figurar en el "Guinness" de las Olimpiadas. En efecto, dejando tirados a los soldaditos de a pie –hijos todos de la plebe– para que fueran degollados a placer, la "oficialidad" del invencible ejercito español puso pies en desbandada a una velocidad intergaláctica.

Para tapar el oprobio de una derrota tan aplastante a manos de unas cuantas harkas de campesinos rifeños y las cochinas que la motivaron, los caraduras se volvieron a la isla proclamando que a partir de entonces los "artilleros" escoltarían al Cristo de La Laguna en sus procesiones, al interceder éste para que volvieran incólumes de la terrible campaña africana. Debe ser que el Cristo ese, al estar tan pendiente de salvar a los pudientes oficiales, se le pasó por alto acordarse de los simples quintos porque éstos si que cayeron como moscas.

Don Cebollino contrajo nupcias con doña Cornelia Sierralamuí O'Kobras de origen materno irlandés, a la que le hizo una hija y la vida imposible, dejando la carrera de las armas por la de viditor a secas aunque la verdad es que nadie, ni mirando con lupa, notó diferencia alguna. De su matrimonio, ya digo, nació Dolores a la que desde pequeña se quitaron de encima internándola en el co-

legio de las "hermanas dominicas" de la calle Consistorio donde la criatura pasó las de Caín recibiendo "la educación" nacional-católica de manos de unas históricas degeneradas en plena post-guerra incivil, eso sí, en el pabellón "de las niñas ricas" con lo que no tuvo que fregar los pisos de los aposentos monjiles ni enjuagar escupideras. Además, como haciendo honor al dicho que asevera que "a perro flaco todo son pulgas", y como si no hubiera tenido bastante con tan desdichada niñez, al llegar a la edad de merecer su padrecito la apostó en una partida de póker en el convento franciscano de San Miguel de las Victorias dejándola comprometida en firme con el hijo de don Pelayo Fernández de Lugo al perder en una timba de naipes con éste. La partida fue memorable; y es que no todos los días aparecen siete ases en la última y decisiva mano. Pero pelillos a la mar. Que hablamos de caballeros.

La desgraciada moza fue llevada poco menos que con una pistola en el pecho a la Catedral de Aguere donde se le sentenció de por vida a convivir con un cerdo borracho sin posibilidad de apelación alguna o revisión de caso. En fin, que la ley es dura pero es ley. Y así podríamos seguir una eternidad contando maravillas sobre colaterales y parientes lejanos, mas no viene al caso que sobra y basta con lo expuesto, que viendo el mimbres ves el cesto.

Y con esto concluye la primera parte de este sin par relato donde se caga la perra y se mea el gato.

Capítulo II

FRANCO HA MUERTO

LOS ROJOS Y LA BEBIDA HICIERON EL RESTO

—¡Han matado a don Luís! ¡Separatistas asesinos!, ¡Hay que reunir ya al Estado Mayor!— entró ladrando don Pelayo a media mañana por el caserón familiar un 20 de Diciembre de 1973.

Los críos no entendían nada, hasta que por el telediario de la tarde-noche se enteraron de lo que en realidad había acontecido: Los partisanos vascos del comando Txikia de E.T.A. habían ejecutado al entonces presidente del Gobierno franquista y mano derecha del dictador, Luís Carrero Blanco en pleno centro de Madrid con un atentado de ejecución tan precisa que todo el arco de adulones del régimen y de la oposición domesticada negaban la posibilidad de que la organización armada vasca fuera capaz de tal acción, por lo que procedieron a propagar toda una sarta de elucubraciones e idioteces sobre la participación en el mismo de la C.I.A., el MOSSAD y no se cuantas majaderías más. La valoración del atentado por parte de la chiquillería de la casa fue altamente